

Dr. Juan Marín

## La dialéctica materialista en el psicoanálisis freudiano



**N**este ensayo vamos a tratar de despejar una incógnita que nos ha venido conturbando y ofreciéndose a nuestra curiosidad de investigadores de la psiquis humana y de la vida universal: la búsqueda del pensamiento dialéctico en el esquema de las concepciones freudianas.

De acuerdo con un procedimiento que hemos visto emplear a Bertrand Russell en alguna de sus grandes obras críticas (1) y siguiendo su ejemplo, vamos a enunciar, desde el principio, nuestro plan y nuestro punto de vista, para entrar en seguida a desarrollarlo.

No se pretende en este ensayo atribuir a Freud las ideas de Marx; ni de hacer aparecer a Marx como un precursor del psicoanálisis. Se trata sólo de buscar el procedimiento dialéctico en el razonar y en el concebir freudianos.

Aceptamos nosotros lo que se llama el materialismo

---

(1) Russell es, con Romain Rolland, uno de los pocos pensadores científicos de Europa, según el decir del profesor George Nicolai.

dialéctico, formulado por C. Marx y F. Engels al vincular o subordinar su teoría del materialismo económico-político, al gran esquema metafísico de la dialéctica hegeliana.

Aceptamos que los fenómenos de la vida se ciñen también a un acontecer dialéctico; según lo ha demostrado Marcel Prenant (1) y según lo afirmó y predijo Federico Engels ya en 1787, cuando escribió (2): «La ciencia de la naturaleza ha llegado actualmente al punto de no poder escapar ya a la síntesis dialéctica».

Ahora bien, nosotros hemos querido indagar en el macizo de las teorías freudianas, explorando con minucias y con tesón en la inmensa catedral de altísimas ojivas y balcones con gárgolas horribles, en las torres cuyas agujas de piedra horadan los cielos, en los subterráneos sombríos, que poblados de larvas y alimañas descienden hasta la entraña de la tierra. Al través del inmenso laberinto, donde acechan figuras monstruosas y se destilan elixires letales, hemos seguido el rastro de la dialéctica, del pensamiento dialéctico.

Y he aquí que la primera huella la hemos encontrado en su teoría de la bipolarización de los instintos: el del amor, la tendencia creadora, el Eros, y el instinto de agresividad, de destrucción o de muerte.

Toda la obra freuderiana está impregnada con la noción de ambivalencia en las tendencias instintivas; pero donde Freud mejor perfila esta ecuación de bipo-

---

(1) «Biologie et marxisme».

(2) «Anti-Dühring».

laridad es en una de sus últimas obras: «Malestar en la civilización», sin que él pretenda en ningún momento interpretarla dialécticamente, ni intente relacionarla en modo alguno con esta manera de ver las cosas.

Algunas explicaciones previas parecen necesarias para clarificar la expresión y, por lo tanto, hacer más accesible nuestro pensamiento.

Se sabe que la dialéctica fué tomada en préstamo por Carlos Marx—a mediados del siglo XIX—a Hegel, quien, probablemente, la había tomado a su vez de los sofistas y de Heráclito, pero la había remozado haciendo de ella un vasto esquema metafísico totalizador. Hegel había, mediante este esquema, interpretado la vida, el universo, la humanidad, llegando finalmente a desembocar en el «estado prusiano» de aquella época.

Fallecido Hegel en 1831, dejaba la poderosa «empreinte» de sus doctrinas sobre la mayor parte de la juventud universitaria alemana que, por aquel tiempo, creía encontrar la solución de todos los problemas en la filosofía. Sin embargo, sus mismos discípulos empezaron bien pronto a virar hacia el materialismo, especialmente con Feuerbach, el pensador que hizo escribir a Marx una de sus más importantes obras (1).

¿Qué es la dialéctica? Muchos de los que la han definido parecen haber sentido una extraña complacencia en hacer sus definiciones lo más obscuras e intrincadas posibles. Dejaremos de lado toda esta literatura

---

(1) «Once tesis sobre Feuerbach», 1845.

que comenzó con Hegel y aun no termina, amenazando cubrir el mundo con hojas de papel.

Hemos encontrado, sin embargo, un excelente traductor del sentido de este concepto y de este vocablo, en la persona de Bertrand Russell, el gran educador inglés, el hombre de pensamiento objetivado y netamente realista, científico de la estirpe legítima de los Darwin, Pasteur, Koch, etc., y no engendro bastardo de investigador en metafísico, de la categoría de un Carrel, por ejemplo, tan aplaudido por los neovitalistas.

Dice Russell (1): «La dialéctica hegeliana era una cuestión de rango amplio. Si usted comienza con un concepto parcial y medita sobre él, inmediatamente se tornará en su opuesto; él y su opuesto se combinarán en una síntesis que a su vez volverá a ser el punto de partida de un movimiento semejante y así continuará hasta llegar a la idea absoluta en la cual usted podría reflejarse el tiempo que quisiese sin descubrir una nueva contradicción. El desarrollo histórico del mundo en el tiempo no es más que la objetivización de este proceso del pensamiento».

Otra definición que nos parece muy clara es la de Laski:

«El proceso que Hegel llama dialéctica, dice este profesor (2), es una especie de ritmo que va de la solidez concreta de una idea definida, a la idea opuesta

---

(1) «Libertad y organización».

(2) «Karl Marx». Harold J. Laski.

y ese vaivén se resuelve en una síntesis, en la que se interpenetran las dos primeras etapas para formar, al unirse, un nuevo concepto. La ley de la vida es la lucha de los contrarios y la evolución su consecuencia».

Laski esclarece considerablemente el pensamiento hegeliano de no permanencia de las instituciones y explica después como, debido a la esencia metafísica de la formación filosófica del autor, llegó Hegel a ser el jefe del romanticismo reaccionario y del conservadurismo filosófico, un contrasentido aparente.

Porque Hegel, que era un filósofo idealista y para quien, por lo tanto, el pensamiento era la realidad, podía encuadrar maravillosamente toda su metafísica dentro de este vasto molde heracliteano.

Pero Marx estaba poseído por un pensamiento netamente realista: para él lo único real era la materia. Adoptó, sin embargo, la fórmula hegeliana respecto del proceso y desarrollo dialéctico del mundo, porque era la armazón que hacía falta a su concepto de los procesos económicos y su influencia sobre la formación de las sociedades humanas.

Como muy bien apunta Russell, para Hegel el desarrollo de la historia es tan lógico como una partida de ajedrez. «Marx y Engels conservan las reglas del ajedrez, pero suponen que las piezas se mueven en armonía con las leyes de la física y sin la intervención de un jugador».

Cree el profesor Nicolai, que el haber encasillado el materialismo histórico—base del socialismo—den-

tro de la fórmula hegeliana, ha significado un grave daño para él (1). Y en parte tiene razón, cuando se ve como Marx ha tenido que forzar hasta cierto punto sus doctrinas «haciendo que las cosas aparezcan más rígidas de lo que en realidad son en la vida y en la historia», y por otra parte, viéndose obligado a aventurar una profecía que, al ser formulada, se sale desde luego del terreno estrictamente científico.

Hay quienes no pueden comprender con claridad por qué la posibilidad o la certeza de que un día el socialismo esté implantado en todo el orbe, tenga que ser deducida de una fórmula metafísica: la dialéctica hegeliana.

Pero dejando de mano estos aspectos de crítica de la cuestión, podemos dejar sentado que el materialismo dialéctico es una ley de la historia y de la vida y que es el mecanismo mediante el cual se desenvuelve el pensamiento al objetivarse sobre la realidad.

En otra ocasión, ya nos aplicamos a hacer una interpretación dialéctica de la evolución de la medicina, y vimos como, sin necesidad de violentar los hechos, sino al contrario, dándoles la ubicación lógica y perfectamente correspondiente, fluía con facilidad un esquema armónico, unitario y totalizador de la evolución de esta ciencia (2).

En la fórmula dialéctica, se pasa alternativamente

---

(1) De un libro próximo a aparecer, sobre *Dialéctica*.

(2) «Esquema de la Evolución de la Medicina».—*Revista Medicina*.—México, D. F. Juan Marín R.

de tesis y antítesis y de ésta a síntesis. Pues bien, la medicina antigua, rica en experiencia a la vez que cargada de un profundo sentido místico y mágico, la medicina sacerdotal de los egipcios y caldeos, de los aztecas y aimaraes, la de los templos de Esculapio en Grecia, la medicina que se nutrió con alientos cósmicos y teológicos: la de Platón, Hipócrates y Aristóteles; esa puede ser considerada como la tesis de nuestra ciencia.

Advino después del Renacimiento que bajó los ojos del hombre a la tierra y engendró el Humanismo, y en pos de él, en los siglos XVIII y XIX el racionalismo y las ciencias positivas, período que aun pervive entre nosotros, herederos de los filósofos de la razón y de los milagrosos santos de los laboratorios experimentales. Fué la época en que el pensamiento se definió como una secreción análoga a la bilis o a la saliva, en que el alma fué localizada en la glándula pineal por Descartes y en diversos sitios por otros, en que el arte y la belleza o la bondad, la virtud y el crimen se estimaban susceptibles de ser producidos a voluntad por actos de laboratorio, igual que los compuestos químicos, según el decir del sabio alemán Du Bois Raymond. Este período del que fueron frutos sobresalientes Virchow y su patología celular, Lavoisier y su química, Haeckel y su transformismo, Lombroso y su Psiquiatría positiva, Augusto Comte y su clasificación de las ciencias, Pasteur y su bacteriología, etc., puede estimarse como la antítesis de la anterior.

Llegamos, finalmente, al punto en que la ecuación ha de lanzarse a la etapa la síntesis de la medicina. Hay ya signos anunciadores de esta fusión con la fórmula dialéctica habrá de completarse: el empirismo y el sentimiento cósmico antiguos, con el método, la experimentación y la utilería modernas. El elemento psíquico, los «imponderables» del espíritu, entran a actuar en la escena que ahora sólo llenó la maquinaria y el razonamiento a secas. Valéry, Keyserling, Jaspers, Bergson y tantos, ya lo han señalado. Sigmund Freud echa su sonda en los abismos de la conciencia y reemplaza la pedantesca psicología estática de los laboratorios—con «tests» y duchas eléctricas—por el mundo maravilloso de las fuerzas del inconsciente, dinámico, en agitado y perenne fluir y refluir hacia los planos de la conciencia. La psicoterapia levanta su tronco de múltiples ramas: la psico-síntesis de Maeder, la psicología individual de Adler, la psicagogía de Kronfeld, la Psicología Analítica de Jung, la Sociagogía, la Psicología de los instintos de Hesnard, la Psico-biología, etc.

El sistema nervioso vegetativo y sus centros autónomos empiezan a mostrarnos el contorno de la personalidad profunda; Marañón, Crile, Cannon, etc., esculpen en el caos primigenio, la Medicina Endocrina. Pavlov muestra las perspectivas infinitas de su teoría de los reflejos condicionados. Renace la Patología humoral; se afianza un «neo-hipocratismo»; la bacteriología pierde sus rigideces académicas al reconocer el po-

limorfismo microbiano y la mutabilidad de los gérmenes, etc,

El arte mismo que tuvo su etapa antitética en el «naturalismo» de lo Zola, Flaubert, Goncourt, Maupassant, etc., entra a la síntesis con Proust, Joyce, Huxley, Mann y toda la gran legión de los contemporáneos. Dostoiewski revive y reviven Shakespeare, el Dante y Homero, todos los que sintetizaron en sus creaciones la vida de microcosmos universal.

Y queda así cerrado para la medicina el ciclo dialéctico: tesis, antitesis, síntesis.

En el campo de la fenomenología universal se encuentran ejemplos dialécticos a cada paso; la transformación de la energía no puede explicarse de otra manera; y la evolución de los elementos radioactivos y el paso de la energía a la materia y de la materia a la energía, tienen que entenderse y aceptarse de acuerdo con la misma ley general.

El pensamiento dialéctico nutre el concepto biológico de Le Dantec del «complejo organismo-ambiente». También el de «unidad morfológico-funcional-cronológico», de la moderna Patología funcionalista de Allendy, von Krehl y otros. Y asimismo el del complejo de «electrolito-ion-veneno», de la moderna fisio-patología.

Lenin ha escrito (1), que es necesario que el materialismo dialéctico triunfe sobre el materialismo me-

---

(1) «Materialismo y Crítica empírica».

tafísico y sobre este postulado, Marcel Prenant, ha escrito su magnífica y brillante interpretación marxista de la biología (1).

En el presente trabajo, nosotros nos proponemos llegar a lo psicológico, pero nos es preciso comenzar por lo biológico, puesto que, como lo afirma Krestchmer (2), la actitud psíquica es uno de los componentes dinámicos del cuadro biológico mismo. Lo psíquico es comprensible como manifestación finalista de una unidad histórica viviente, sobre la base de la categoría de totalidad, según Von Menakow (3). Tal verdad es la misma expresada por Pizarro Crespo (4) cuando dice: «el conocimiento más profundo que hoy se tiene del factor psíquico, antes desestimado por la medicina localista que lo consideró un simple epifenómeno de lo neurológico, nos ha llevado a reconocer y a aceptar una antítesis entre las tendencias instintivas y la personalidad total durante su evolución y desarrollo». Es esto precisamente lo que vamos a ver más adelante.

El materialismo marxista es la afirmación de la «realidad de un mundo del cual el hombre forma parte y cuyos elementos actúan directamente unos sobre otros». Y agrega en seguida Lenin, quien puede ser considerado como el verdadero exegeta del materialismo filo-

---

(1) «Biologie et Marxisme».

(2) «Psychologie Médicale».

(3) Introduction biologique a l'étude de la Neurologie et de la «Psychopathologie».

(4) «La Nueva Medicina Psicobiológica».

sófico: «La única propiedad de la materia es ser una realidad objetiva, existir fuera de nuestra conciencia» (1).

Expresa por su parte Engels que: «el movimiento es el modo de existencia, la manera de ser de la materia» (2). Y agrega algunas páginas más adelante, complementando su pensamiento: «el movimiento aplicable a la materia no es otra cosa que el cambio».

En esta comprobación del cambio universal reside el carácter dialéctico del materialismo marxista, señala Marcel Prenant en su obra ya citada.

Tenemos, pues, que la naturaleza se realiza por un incesante movimiento, es decir, de cambio en cambio, de tesis en antítesis. Estos dos polos del acontecer biológico, aunque diametralmente opuestos, no están separados arbitrariamente por líneas de demarcación, ni por espacios abismáticos; sino que, por el contrario, son relativos y transitorios en su eterna y vertiginosa mudanza.

Dice Plejanov en una de las obras más trascendentales que se hayan escrito sobre la cuestión (3): «Los objetos mismos, los objetos reales no son sino combinaciones que se encuentran en estado permanente de transformación más o menos rápida. En la medida en que esas combinaciones dadas permanecen como tales combinaciones, debemos apreciarlas según la fórmula: sí es sí y no es no. Pero en la medida en que se transforman

---

(1) Obra citada.

(2) Anti-Dühring».

(3) «Las cuestiones fundamentales del marxismo».

y dejan de existir como tales, debemos apelar a la lógica de la contradicción y es preciso que digamos: sí y no; existen y no existen».

«Se puede decir que no hay un estado estable compatible con la vida, ha escrito el biólogo Fauré-Fremiet (1), y la idea de desarrollo, incluyendo las nociones de transformación, de variación y de evolución, es inseparable de la idea de organización o del ser vivo».

Lo cual viene a ser lo mismo expresado por Engels en su «Anti-Dühring»: «así como todo ser organizado es a cada instante el mismo y no el mismo; a cada instante elabora materias que le vienen de fuera y segrega otras, a cada instante mueren células de su cuerpo y otras se forman; siempre después de un tiempo más o menos largo, la substancia de ese cuerpo es enteramente renovada, reemplazada por otros átomos, de suerte que todo ser organizado es constantemente el mismo y, sin embargo, es otro. Vivir es, pues, igualmente una contradicción que existe en las cosas y en los fenómenos mismos, una contradicción que constantemente se plantea y se resuelve; y en cuanto la contradicción cesa, la vida cesa también y la muerte interviene.

La vida es entonces en esencia un estar muriendo parcialmente y a cada momento, aunque manteniendo un sentido de unidad que da el aspecto y hasta la sensación íntima de continuidad al ser. Todos quienes ha-

---

(1) «La cinética del desarrollo».

yan estudiado biología saben que en siete años hasta el último componente físico-químico más elemental que integraba nuestro ser ha sido totalmente renovado. En el corto tiempo que va de un minuto a otro mueren millares de células en nuestros órganos y tejidos y nacen otras tantas, según lo demuestra documentadamente M. Prenant.

«La vida participa, dice Pizarro Crespo (1), de las mismas leyes dialécticas que rigen el movimiento de la naturaleza en general y su evolución por antítesis y síntesis, con saltos bruscos, es paralela a la evolución que en el mundo inorgánico opone a materia y forma contra movimiento».

En el mundo físico la formidable fuerza de cohesión que une los átomos en los metales pesados se transforma bruscamente en su antítesis: la radioactividad, que los arroja con tremenda fuerza centrífuga fuera de su órbita.

La teoría darwiniana de la lucha por la vida en su conjunto, repite un proceso dialéctico y la lucha de clases planteada por el marxismo—no como un ideal sino como una interpretación de la historia, según apunta Prenant—guarda todo el trasunto de la «idea-eje» darwiniana de la competencia.

La teoría de la herencia biológica ha sido explicada por este mismo autor (2) dialécticamente, aceptando la

---

(1) «Las enfermedades por autocastigo».

(2) «Biologie et marxisme».

inter-relación e inter-acción material entre cromosomas y protoplasma.

Las mutaciones bruscas, la evolución de la materia viva por saltos, las crisis del devenir fisiológico en la especie humana, los ciclos sexuales, las crisis en la patología, etc., reproducen el mismo proceso que Plejanov ha estudiado en las revoluciones sociales.

Así, por ejemplo, los astros son conjuntos moleculares—los ovoides etéreos— que sufren un proceso de concentración: en ellos aparece la vida; pero después de ciclos que abarcan millares de millares de años, vuelven, poco a poco, a su estado primitivo, retornando a la substancia cósmica primordial. En el transcurso de cada uno de estos ciclos planetarios, se intercalan millones de ciclos menores, cada uno con sus características propias de aumento y de disminución. De estos ciclos tal vez los más cortos, los infinitamente pequeños son las estaciones, definidas por algún hombre de ciencia como «la respiración del planeta». Los diluvios periódicos que destruyen la vida en vastas regiones del globo, vendrían a ser sueños periódicos sometidos también a evolución cíclica. Y las grandes catástrofes como las destrucciones de continentes enteros, erupciones volcánicas, avalanchas oceánicas que cubren un hemisferio o medio planeta, corresponderían a la mutaciones bruscas que el biólogo observa en los seres vivos incluso en el más pequeño bacterio.

Ninguno de esos cambios pueden sorprender a un materialista dialéctico.

Las transformaciones del ser se hacen no sólo por el paso de una cantidad a otra, sino también por la transformación de las diferencias cuantitativas en cualitativas e inversamente, transformación que según Hegel es una interrupción del devenir gradual y una manera de ser cualitativamente diferente de la anterior.

Si esto no parece muy claro, digamos que la materia evoluciona mediante cambios bruscos, pero ellos no son bruscos sino en apariencia, por cuanto han sido precedidos de una oculta, tensa y activa preparación gradual.

Con esto creemos dejar expuestas—a grande rasgos—las bases dialécticas de la biología.

Tratemos de encontrar ahora las mismas leyes de este «juego de ajedrez» de que habla Russell, al través de la teoría psicológica de los instintos de Sigmund Freud.

Debemos dejar establecido desde luego que nuestras consideraciones se refieren exclusivamente a la obra freudiana, sin tener en cuenta las teorías complementarias, modificaciones, variantes y aportaciones, de que son autores los numerosos discípulos del maestro y otros. No nos referiremos, pues, a la teoría de los instintos expresada a por Adler, Jung, Stekel, Hesnard, Baudoin, Braschfeld, etc.

Freud, desde sus primeras obras planteó el problema de la «ambivalencia»—uno de los que ha sido más criticado precisamente por todos aquéllos que no piensan dialécticamente—y con tal concepto ha explicado

el proceso de la sexualidad humana. Así dice (1): «en el niño coexisten durante crecido tiempo, actitudes afectivas ambivalentes con respecto a las personas que le son mas próximas, sin que ninguna de tales actitudes perturbe a la opuesta en su manifestación. Y, si por fin, surge el conflicto, queda resuelto muchas veces cambiando el niño de objeto y desplazando uno de los sentimientos de ambivalencia sobre un objeto sustitutivo».

He aquí un ejemplo típico de pensamiento dialéctico.

Ahora bien, en uno de sus últimos libros, Freud ha abordado, con mayores proyecciones, la idea de la coexistencia en la psiquis humana de dos poderosas tendencias: una de creación y otra de destrucción (2). La primera regula la vida sexual en cuanto significa aproximación y creación de los seres y ha sido llamada por él: «Eros». La segunda nutre el deseo de muerte, los instintos agresivos: «Ananké».

Estos dos polos del acontecer psíquico no están tampoco separados por líneas divisorias. Uno y otro se confunden, se penetran mutuamente y este cambio y este movimiento, han constituido el desarrollo ético y en parte también social, de la humanidad.

Para mayor claridad y mejor información, digamos desde luego que el Eros o «líbido» de Freud corresponde al instinto sexual. El instinto agresivo o destructor

---

(1) «Una teoría sexual y otros ensayos». «Psicología de las masas y análisis del Yo».

(2) «Malestar en la civilización».

es el mismo que denomina Freud en otros trabajos: «instinto tanático». Pierre Bovet lo ha llamado «instinto combativo»; Weiss le dió el nombre de «destrusso», y Adler el de «agresionstrib».

El psicoanálisis ha podido demostrar no sólo como un sentimiento puede transformarse en otro, sino también como puede manifestarse por su opuesto. El deseo inconsciente de muerte en una persona, suele traducirse por un exagerado cariño y en especiales cuidados por la vida de esa persona. El odio se disfraza de amor y el amor se viste de odio; y esto lo han entendido perfectamente esos grandes buceadores del alma humana que son los artistas de todos los tiempos. Véanse las obras de Sófoles, Shakespeare, Balzac, Stendhal, Flaubert, etc. Pero sobre todo y por encima de todos, léanse las obras geniales del inmortal Dostoiewski, el más grande novelista de este tiempo y de todos los tiempos.

Freud ha ido más lejos. Ha mostrado como en el «totem» se concentraban los sentimientos ambivalentes de amor infinito y odio implacable del hombre primitivo. El «totem» fué en un tiempo el padre, al cual los hijos amaban, pero al cual asesinaron, según su interpretación sorprendente del pecado original (1). El «totem» fué en otro tiempo el animal salvaje, al cual le temía, pero que se codiciaba como alimento. El «totem» fué también el Dios arcaico, al cual el salvaje adoraba, temía y odiaba a la vez. Una de las obras más impor-

---

(1) «Totem y Tabú».

tantes de la teoría freudiana (1) está totalmente regida por la ley de los sentimientos ambivalentes de amor y de odio. La civilización totémica se basa en una serie de restricciones que tratan de regular y controlar el libre juego de los instintos de amor y de agresividad en la sociedad primitiva. Las reglamentaciones del «tabú», construídas sobre este estado de cosas, constituyen el primer Código de Derecho».

La explicación dada por Freud al tradicional mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», máxima que se encuentra en todas las religiones primitivas y que es, por consiguiente, muy anterior al cristianismo, demuestra, de acuerdo con la técnica psicoanalítica un formidable tabú contra tendencias agresivas que son innatas a la especie. Es contra el «homo hominis lupus» que se ha dictado esta sentencia, sin lograr por supuesto sino un éxito muy relativo. La sociedad humana está constantemente amenazada de destrucción por obra de los propios hombres. «No basta el interés del trabajo solidario, dice Freud, para conservar la sociedad civilizada; las pasiones instintivas son mucho más fuertes que los intereses racionales. La civilización debe poner en juego todo lo que está a su alcance para reducir sus manifestaciones con la ayuda de reacciones psíquicas de orden ético. De ahí ese despliegue de métodos destinados a incitar a los hombres a identificaciones y a relaciones de amor inhibidas en cuanto al fin;

---

(1) «Totem y Tabú».

de ahí esa restricción de la vida sexual; de ahí ese ideal impuesto de amar al prójimo como a sí mismo, cuya verdadera justificación se encuentra precisamente en que no hay nada más contrario que eso a la naturaleza primitiva».

En otra de sus obras (1), publicada en 1920, expresa Freud como la observación del origen de la vida y de ciertos paralelismos biológicos, lo llevó a la convicción de que al lado del instinto que tiende a conservar la substancia viva y a procurar su agregación en unidades cada vez más vastas, debía existir otro, diametralmente opuesto, tendiente a disolver estas unidades haciéndolas volver a su estado primitivo, es decir, inorgánico; o tal vez mejor: anorgánico. Al lado del instinto erótico de todos conocido en la teoría freudiana, aparecía en esos momentos el instinto de muerte.

Freud, fundamentalmente psiquiatra y psicólogo, encuentra en cuanto vuelve sus ojos al misterio del eterno devenir vital, la ecuación dialéctica.

Pero hay más aun: existen dos alteraciones de la libido en que la noción de bipolaridad aparece tan ostensible como si hubiesen sido ex profeso confeccionadas para tal demostración: sadismo y masoquismo.

En el primero, encontramos la tendencia erótica o creadora aliada al instinto de destrucción que predomina y que está orientado hacia afuera. En el segundo, la libido está también aliada al instinto agresivo,

---

(1) «Más allá del principio del placer».

pero vuelto esta vez hacia dentro, aunque siempre dominante.

Es esta la única forma de entender con claridad ambos estados. En uno y otro, se incluyen Eros y Ananké. Ambos son polarizaciones de una energía, con polo positivo uno y negativo el otro. Ambas son fijaciones afectivas sobre un objeto; y—lo que es más importante todavía—ambas son disposiciones psíquicas existentes en todos los individuos.

Piensa Freud que los instintos de muerte—también llamados por él «instintos del yo»—proceden de una vivificación primaria de la materia inanimada y pugnan por retornar irresistiblemente a ese mismo estado; en cambio, los instintos sexuales reproducirían siempre estados primitivos del ser vivo o animado. Y esta oposición permanente, esta enconada lucha es la que mantiene la vivencia de la procreación sexual, de la eterna repetición del acto copulativo de la célula o del protozoario.

Todo ser vivo oscila, durante su existencia entera, entre la continuidad vital o tendencia eternizadora y los instintos del yo, que quieren retrotraerlo a estados anteriores, a desintegrarlo.

Nuestros antepasados no sólo serían aquellos lejanos antepasados inferiores que regulan hoy todavía las migraciones de peces y las aves, sino que serían aún la voz misma del ancestro mineral que se expresa al través de nosotros con una suerte de nostalgia de lo inorgánico.

A esa voz obedecen los instintos tanáticos; ella es la sirena que llama al través de nosotros con su canto de muerte.

«Cada obstáculo en la naturaleza es una reminiscencia de una más elevada patria», ha escrito el iluminado Novalis, expresando como filósofo la misma verdad biológica.

«Si como experiencia, sin excepción alguna—dice Freud—hemos de aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo inorgánico, podremos decir: La meta de toda vida es la muerte. Y, con igual fundamento: Lo inanimado era antes que lo animado» (1).

Con lo cual parece aproximarse bastante a lo que expresara Claudio Bernard, fisiólogo materialista, aunque no dialéctico, cuando pronunciara su célebre sentencia: «La vida es la muerte».

Y en el fondo, esta misma idea es la que sirve de esqueleto invisible a la concepción de aquel paradójico genio de la biología que fué Metchnikoff, en su teoría de la «muerte fisiológica».

Los instintos de conservación que aparecen tan evidentes en todo ser vivo, no hacen otra cosa que conducirlo y acercarlo a la muerte.

No hay otra manera de explicarse esto sino dialécticamente.

Es lo mismo que afirma Pizarro Crespo, cuando di-

---

(1) «Psicología de las Masas y Análisis del Yo».

ce, citando a K. Jaspars y a W. Dilthey que «la enfermedad es una aceleración de la vida y un desequilibrio expresado antes que la alteración morfológica o estructural de los órganos aislados».

La vida es un esfuerzo permanente de síntesis que se opone durante cada hora y cada minuto a la disociación incesante de sus partes. Es fácil percibir en ella fases, ciclos, períodos críticos y ritmos igual que en lo cósmico y que también en lo social. La enfermedad, proceso intercurrente en esta transformación, según René Allendy (1), vendría a ser así una aceleración momentánea y parcial del proceso vital y, por lo tanto, representaría una muerte parcial.

Para Freud, hubo una época indeterminada en que las cualidades vivientes fueron despertadas a la materia inanimada por fuerzas desconocidas o imaginarias. Luego en ellas, mediante un proceso semejante, surgió la conciencia. Dice textualmente (2): «La tensión entonces generada en la antes materia inanimada intentó nivelarse, apareciendo así el primer instinto: el de volver a lo inanimado. Mas, para la substancia viviente, era aun fácil morir; no tenía que hacer sino un pequeño camino vital, cuya dirección se hallaba determinada por la estructura química de la joven vida. Durante largo tiempo, sucumbió fácilmente la substancia viva y fué creada incesantemente de nuevo, hasta que las influencias reguladoras exteriores se transformaron de tal ma-

---

1) Obra citada de Pizarro Crespo.

2) «Freud y el problema sexual», por el Dr. J. Gómez Nerca.

nera que obligaron a la substancia aun superviviente a desviaciones cada vez más considerables del anterior curso vital y a rodeos complicados hasta alcanzar el fin de la muerte. Estos rodeos hacia la muerte, fielmente seguidos por los instintos conservadores, compondrían hoy el cuadro de los fenómenos vitales».

Refiriéndose seguramente a este pensamiento es que ha escrito Stefan Zweig (1): «Freud ha conducido al centro de la vida interior a la ciencia convertida en abstracta. Por primera vez y alcanzando una grandeza poética, ha desarrollado el elemento dramático de la cristalización de la personalidad, ese vaivén ardiente y turbador de la región crepuscular entre lo consciente y lo inconsciente, donde el choque más pequeño engendra las consecuencias más vastas, donde el pasado se une al presente por los cruzamientos más singulares, verdaderos cosmos en la esfera reducida de la sangre y del cuerpo, imposible de abarcar con la mirada en su conjunto, y sin embargo, hermoso de contemplar como una obra de arte en su insondable conformidad con las leyes internas».

El gran biólogo Weismann ha tratado de explicar la vida y la muerte de los organismos, diferenciando en su substancia, dos mitades: una mortal y otra inmortal. Y el naturalista W. Fliess piensa que todos los fenómenos vitales de los organismos se hallan condicionados por la existencia e inter-relación de dos substan-

---

(1) «La curación por el espíritu», por Sigmund Freud.

cias: una masculina y otra femenina, dependientes de la actividad solar.

Partiendo de la materia viva, los biólogos llegan a idénticas conclusiones que Freud, quien ha partido de cualidades o propiedades de esa substancia, como son los instintos, acaso porque sea verdad aquella que dice Bergson, de que los instintos están moldeados sobre la realidad misma (1).

«Cuanto más se disimula, dice Schiller, bajo la luz mortecina de los efectos comunes el juego secreto de los deseos, tanto más ostensible, relevante y formidable se manifiesta al pasar al estado de enconada pasión. El psicólogo sagaz que conoce hasta qué punto puede contarse, en suma, con la mecánica del habitual libre arbitrio, y hasta qué límite es lícito sacar deducciones por analogía, transportará alguna experiencia de esa esfera a su doctrina y la utilizará en pro de la vida moral. Si en esa esfera apareciese, como ha acontecido en los demás órdenes de la naturaleza, un Linneo que procediera a una clasificación según los instintos e inclinaciones, habría no pocas sorpresas».

En el magistral ensayo de Emerson titulado «Compensación» y que forma parte de su volumen *Siete ensayos*, aparece una esquematización casi perfecta de esta noción de bipolaridad que rige el acontecer de la vida, desde lo espiritual hasta lo material: «Polaridad, o acción y reacción, esto es lo que encontramos

---

(1) «Vida y muerte de los instintos en el hombre», por el Dr. A. Hesnard.

en cada partícula de la naturaleza, en la obscuridad y la luz, en el frío y el calor, en el flujo y el reflujo de las aguas, en el macho y la hembra, en la respiración de las plantas y de los animales, en la ecuación de cantidad y de cualidad de los flúidos del cuerpo animal, en la sístole y la diástole del corazón, en las ondulaciones de los flúidos del sonido, en la fuerza centrífuga y la centrípeta, en la electricidad, el galvanismo y las afinidades químicas. Si la electricidad positiva está en el extremo de una aguja, la electricidad negativa está en el otro extremo. Si el sur atrae, el norte rechaza. Para vaciar aquí, es preciso amontonar allá. Un dualismo inevitable divide la naturaleza en dos, de suerte que cada cosa no es sino una mitad y pide otra cosa para ser entera: el espíritu, la materia; el hombre, la mujer; el par, lo impar; lo subjetivo; lo objetivo; dentro, fuera; encima, debajo; movimiento, reposo; sí, no».

El biólogo Hering, al sostener la pugna constante entre elementos constructivos y destructores en la materia orgánica, coincide no sólo con Freud, sino aun con Schopenhauer y su filosofía del instinto sexual, como encarnación de la voluntad de vivir y la muerte como meta y objeto de la vida (1).

Freud se hace muchísimo más explícito, cuando se aplica a rebatir a Jung, cuya teoría de la libido es unitaria, de una sola fuerza instintiva:

---

(1) T. Mann en su reciente obra, «Freud y el porvenir», ha puesto de manifiesto las extrañas relaciones que es fácil encontrar entre las doctrinas freudianas y las filosofías de Schopenhauer y de Nietzsche.

«Nuestra concepción ha sido dualista desde un principio, dice el sabio vienés, y lo es ahora aun más, desde que denominamos a las antítesis, no ya «Instintos del Yo» a unos, e «Instintos Sexuales» a los otros, sino «Instintos de Vida» e «Instintos de Muerte».

Tal bipolarización, por lo demás, no es nueva: se encuentra en la base de viejos mitos y de antiguas religiones. La medicina china distingue dos principios que rigen la vida: «Yang» o principio masculino y «Yin» e femenino (1).

Sobre el perfecto equilibrio dinámico de estos principios reposan la salud, la tranquilidad y el bienestar. Todo se hace por unión y muere por desintegración de ellos; y las leyes supremas que gobiernan el universo llevan inscrita la alternación de estas dos fuerzas (2).

Empedocles de Agrigento, el genial filósofo de la túnica roja que terminó sus días misteriosamente, arrojándose en el cráter del Etna en erupción (3), supone que los cambios en la materia se originan por dos fuerzas: amor y odio, correspondientes a mezcla y separación. Al surgir el universo del seno del caos, tan pronto se ejercía una de estas influencias como la otra y así nació la vida y en la misma forma se conserva al través del tiempo infinito.

Todo pasa por meridianos opuestos, por polos anti-

---

(1) «Historia de la medicina», por Garrison, (2 volúmenes).

(2) «Histoire de la médecine», por Castiglione.

(3) «Poliedro Médico», por el Dr. Juan Marín.

tésicos: todo inspira, todo expira, todo vela, todo duerme, todo se une, todo se desagrega.

La religión de los persas diferenciaba dos principios, encarnados en Ormuzd y Ahrimán, la luz y las tinieblas, el bien y el mal.

Amón o Ra de los egipcios, en lucha con Osiris, el Dios Negro, repiten la misma simbología. Y la religión cristiana, con sus dos polos místicos: Dios y el Diablo, no hace otra cosa que desarrollar obscuramente la misma verdad, al través de todos sus teólogos, exegetas y doctores.

Goethe que primeramente vió el fondo del asunto, cobiólogo, también lo desarrolló como poeta. En su «Fausto», habla el principio del mal, encarnado en Mefistófeles: «... y así todo lo que se llama comúnmente pecado, destrucción, en una palabra, el mal es mi propio elemento». Al referirse a Dios, no lo llama por tal nombre o con el nombre del bien o de la virtud, sino que lo llama Eros, «potencia de creación» (1).

También encontramos por allí, citado por Zweig, este otro pensamiento dialéctico de Goethe: «Lo contranatural forma parte de la naturaleza. Quien no la ve por todas partes, no la ve bien en ninguna» (2).

Pero donde aparece más clara esta verdad dialéctica es en el mito desarrollado por Platón en su «Symposion», poniendo en boca de Aristófanes este discurso: «La naturaleza humana era al principio muy dife-

(1) Citado por Freud.

(2) «Sigmund Freud», S. Zweig.

rente. Primero hubo tres sexos, tres y no dos como hoy en día: junto al masculino y al femenino, vivía un tercer sexo que participaba en igual medida de los otros dos». Estos seres humanos tenían todos sus órganos dobles: cuatro pies, cuatro manos, dos rostros, dobles genitales. Hasta que Júpiter se decidió un día a dividir a cada uno de ellos en dos partes. «Cuando de este modo quedó dividida en dos toda la naturaleza humana, apareció en cada hombre el deseo de reunirse a su otra mitad propia y ambas mitades se abrazaron, entretejeron sus cuerpos y quisieron formar de nuevo un solo ser».

Tesis, antítesis y síntesis aparecen evidentes en el proceso del devenir vital. Nunca podrá mostrarse un caso más claro del pensamiento dialéctico. Se ha afirmado por investigadores serios que este mito platónico se encuentra ya en las leyendas babilónicas; y aun en forma sorprendentemente similar en el Brihad-Aran-yaca-Upanishad, uno de los libros más antiguos de la tradición védica hindú.

Esto probaría que el pensamiento dialéctico hecho mito, símbolo o leyenda es tan antiguo como la más remota civilización humana.

En el último capítulo de su obra, «Malestar en la civilización», plantea Freud la proyección del hecho psíquico individual dentro de lo social: «Lo que comenzó por el padre, termina en la masa. Si la civilización es la vía indispensable para evolucionar de la familia a la humanidad, este reforzamiento está entonces

indisolublemente ligado a su curso en cuanto es consecuencia del conflicto de ambivalencia con que nacemos y de la eterna disputa entre el amor y el deseo de muerte».

Es la etapa de síntesis que se acerca, comentamos nosotros; la etapa que para Marx se traduce en el borramiento de las clases sociales, para Freud en el cesamiento del combate entre Eros y Ananké.

El proceso de civilización respondería, según Freud, «a esta modificación del proceso vital sufrida bajo la influencia de una tarea impuesta por Eros y hecha urgente por Ananké, la necesidad real, o sea la fusión de los seres humanos aislados en una comunidad cimentada sobre relaciones de libido recíproca».

Conviene aclarar que la lucha entre la tendencia que mira a la felicidad personal y la que conduce al bien de la sociedad no está calcada sobre el antagonismo entre Eros y la muerte, ni tiene nada que hacer en este asunto. Muy lejos de eso. Son dos problemas totalmente diferentes que no se superponen ni se identifican.

Por otra parte, ha escrito Freud: «Los hombres de hoy han llevado tan lejos el dominio de las fuerzas de la naturaleza que, con su ayuda, se ha vuelto sumamente fácil exterminarse mutuamente hasta el final. Bien lo saben ellos, y eso es lo que explica gran parte de su agitación presente, de su desgracia y de su angustia y ahora sólo cabe esperar que la otra de las dos potencias celestes, el Eros inmortal, haga un esfuerzo por

afianzar un poco su posición en la lucha que libra con su adversario no menos eterno».

Y henos aquí de retorno del viaje que proyectamos y que hemos realizado al través de lo biológico, lo psicológico y lo social.

Mediante una interpretación dialéctica, hemos visto cómo la biología coincide en sus esquemas fundamentales con la psicología de los instintos sacada a luz por Freud.

Del mundo físico y biológico, desembocamos sin sentirlo en lo social. Del mundo psicológico, con Freud, hemos llegado al fin de cuentas también a lo social. Y es curioso anotar cómo los esquemas se superponen con precisión y rigorismo inesperados.

Queda en evidencia cómo el pensamiento dialéctico alimenta largamente el psicoanálisis freudiano.

Y si en Hegel la dialéctica fué un instrumento para usos metafísicos, en Freud igual que en Marx, se pone al servicio del materialismo científico.

Hemos seguido su huella, paso a paso, y henos aquí en un punto en que, viniendo de tan remotos orígenes, Marx y Freud se dan la mano: la dialéctica como técnica del pensamiento conduce a las verdades objetivadas.

En nuestro artículo, «Genesis y proceso del arte» (1), el sitio de conjunción, el punto de cruce y encuentro, era la mente del hombre arcaico según ya lo dijimos.

---

(1) Revista «Atenea». Diciembre de 1936.

En éste de ahora, su coincidencia se hace plena y madura, en la psiquis del hombre contemporáneo.

La lucha entre los instintos de amor, y de muerte se ha desplazado del caos primario y del orbe metafísico, para venir a proyectarse sobre el conglomerado humano, en nuestra sociedad civilizada.

Dialécticamente pensamos que se está preparando una de esas mutaciones bruscas en que las variaciones cuantitativas se hacen también cualitativas; nos acercamos a un período crítico en que la humanidad habrá de entrar a una nueva síntesis.

Para Engels y Marx, esa síntesis era la desaparición de las clases sociales económicamente diferenciadas y su fusión en una gran patria universal; para Freud será tal vez el cesamiento de las perturbaciones acarreadas a la vida en común por los humanos impulsos de agresión y autodestrucción. ¿Cómo? Acaso por el advenimiento de un Super Yo colectivo, semejante al Super Yo que actúa en la conciencia individual.

De todas maneras, parece evidente que el juicio pronóstico tendrá que ser formulado según las leyes dialécticas, tal como lo han sido el examen, la anamnesis y la interpretación de este caso en que estudiamos al «hombre histórico» y lo dejamos en los dramáticos momentos en que habrá de afrontar el porvenir (1).

---

(1) Este trabajo forma parte de un libro en preparación, «Ensayos freudianos», que llevará prólogo del intelectual ecuatoriano, Humberto Salvador y estará dedicado en homenaje al profesor Sigmund Freud.